

Bruce Pietrykowski

Trabajo.
Un enfoque desde
la economía política



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Work*
Traducción de María Enguix Tercero

Esta obra ha sido publicada por primera vez en 2019 por Polity Press.
Esta traducción ha sido publicada por acuerdo con Polity Press
Ltd., Cambridge

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Warren T. Mosman: «El obrero» (relieve de la fachada del antiguo Farmers and Mechanics Bank, 1941. Minneapolis, EE UU)
© DARLENE PFISTER / Star Tribune / Getty Images
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Bruce Pietrykowski, 2019
© de la traducción: María Enguix Tercero, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-176-0
Depósito legal: M. 319-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	1.	Introducción: el carácter único del trabajo
43	2.	La desigualdad en el trabajo: habilidades, salarios y productividad
79	3.	El género en el trabajo: el trabajo asistencial
117	4.	Estrategias empresariales: la vía fácil frente a la vía difícil y la vía todoterreno
162	5.	Más allá de las estrategias empresariales: las cooperativas de trabajadores
184	6.	Tecnología, automatización y habilidades: reestructurando el centro de trabajo
209	7.	Conclusión: mundos de trabajo futuros
219		Bibliografía
245		Índice analítico

*A mi padre, que consagró su vida laboral
a promover normas laborales justas,
prevenir el trabajo infantil
y perseguir el fraude salarial.*

1. Introducción: el carácter único del trabajo

Trabajo: una perspectiva de la economía política

¿Qué es el trabajo y quién (o qué) trabaja? El trabajo es un tema especial en la economía política porque es esencial en la producción de bienes y servicios valiosos que todos utilizamos. Los productos del trabajo pueden redundar en bienes y servicios de utilidad social, como pueden ser unos alimentos gustosos y nutritivos y una mejor atención sanitaria. Por otra parte, el trabajo puede crear productos socialmente destructivos, como las armas de destrucción masiva. Aunque nos gustaría vivir en un mundo con más de lo primero y mucho menos, preferiblemente nada, de lo segundo, ambos requieren una inversión de esfuerzo. De la forma de organización del trabajo, de las características de los trabajadores y de la compensación que perciben por ir al trabajo es de lo que trata este libro. Como podrán imaginar, los econo-

mistas no se ponen de acuerdo sobre cuál es el aspecto más importante del trabajo, en qué hay que centrarse, qué se debe minimizar y cuál es la mejor manera de explicar algunas de las cuestiones más urgentes asociadas con el trabajo. Este libro ayudará a identificar debates importantes sobre la naturaleza del trabajo, abarcando desde los problemas de la creciente desigualdad salarial y la amenaza del desempleo tecnológico hasta el futuro del trabajo en un mundo poscapitalista.

Otro objetivo de este libro es explorar la naturaleza del trabajo desde la perspectiva de la economía política. El enfoque de la economía política –también conocida como economía heterodoxa– se identifica ampliamente por su compromiso con una visión del desarrollo económico que es progresista y se centra en el trabajador. Bebe de las tradiciones de Marx, Keynes, el feminismo y el institucionalismo, de acuerdo con las interpretaciones de teóricos económicos contemporáneos. El planteamiento de la economía política heterodoxa se contrapone a la economía neoclásica y neoliberal convencional que hallamos en la mayoría de los libros de texto y los llamamientos a las políticas económicas del libre mercado. La economía convencional neoclásica se funda en una visión de una economía ideal que se caracteriza por el interés individual, la maximización de los beneficios y la competencia despiadada. En contraste, el enfoque de la economía política entiende la experiencia vivida de los trabajadores en un régimen capitalista caracterizado por el conflicto, el poder y la desigualdad. Además, es importante reconocer que estas fuerzas están insertas en normas sociales –sobre los roles de género, por ejemplo–

e instituciones –como el Estado– que influyen en la distribución de los trabajadores por empleos y en los salarios que perciben.

La economía política difiere de la economía convencional en muchos otros aspectos importantes. En primer lugar, es política en un doble sentido. Entiende que el acceso a y la distribución de los recursos económicos son el resultado de las luchas de poder, cuyos grupos partícipes se definen por la clase social, la raza, el género y la ubicación geográfica. Además, la economía política se asocia con valores y normas explícitas, como el control democrático de las instituciones, la justa distribución de los recursos económicos y la organización de una economía que satisfaga las necesidades humanas y desarrolle la capacidad de los individuos para tener una vida digna. También reconoce que todos los paradigmas económicos –las formas de entender el mundo– representan intereses y valores particulares. No existe una economía objetiva y exenta de valores (Stilwell, 2016). Otro elemento de la economía política que la distingue de la convencional es su foco en la evolución histórica de la vida económica contemporánea. Esto significa que no podemos entender dónde estamos sin analizar dónde hemos estado y qué fuerzas intervinieron para traernos a este punto. La historia es importante porque nos ayuda a valorar con una perspectiva crítica el presente y el futuro del trabajo. Además, el enfoque de la economía política es diverso, puesto que representa toda una serie de lentes que nos sirven para entender la economía. Como resultado, en contraste con el modelo de la competencia perfecta, donde el poder es una anomalía o un signo de

imperfección del mercado, el enfoque de la economía política incorpora el poder, el conflicto, el control, la resistencia, la cooperación y la solidaridad al análisis del trabajo.

Pero antes de saltar a la exploración de la economía política del trabajo necesitamos establecer algunos límites sobre qué tipo de trabajo vamos a analizar. En principio, esto podrá parecer un asunto sencillo. Vamos a analizar mi trabajo, su trabajo, el trabajo de los humanos en circunstancias históricas particulares, ¿cierto? Veamos: si el trabajo es la inversión de esfuerzo productivo, ¿deberíamos incluir a trabajadores que no son humanos en el debate? Los animales se han usado como trabajadores durante siglos, no solo en la agricultura –bueyes o mulas para arar los campos–, sino también en la manufactura –caballos usados en la industria textil para activar máquinas hiladoras– y en los servicios –paseos en coche, vehículos de transporte masivo tirado por caballos del siglo XIX, el ómnibus (véase recuadro 1.1)–. En el otro extremo del espectro tenemos trabajadores no humanos actualmente recorriendo a toda mecha los pasillos de los almacenes de Amazon para mover contenedores de mercancías. Asimismo, en algunas fábricas se emplean «cobots» (robots colaborativos) que trabajan junto a sus homólogos humanos. De modo que si lo concebimos con amplitud, el trabajo incluye más que a los agentes humanos. Sin embargo, restringiremos nuestra discusión a los trabajadores humanos, dejando abierta la posibilidad de que, en el futuro, el análisis de estos debates puede que necesite incluir a los trabajadores no humanos.

Recuadro 1.1. ¿Son los animales parte de la clase trabajadora? ¿Resisten los peces?

Existe una animada discusión, completamente ajena a los debates en economía política, sobre las fronteras que dibujamos entre los participantes humanos y no humanos de la economía. Jason Hribal afirma de manera provocadora que los animales han participado íntimamente en la creación de la economía capitalista. Caballos y bueyes hacían funcionar máquinas hiladoras y muelas. Los caballos son trabajadores, pero ¿son comparables a los trabajadores humanos? Ciertamente, sus esfuerzos producen valor para sus empleadores, pero ¿tienen lo que los científicos sociales llaman «agencia», la capacidad de actuar intencionadamente, de planificar, de elegir, de resistir? En su historia de la contribución del caballo a la industrialización, Ann Norton Greene cree que no: «Claramente, es inapropiado imponer un modelo de agencia humana a otras especies, de cuya cognición y conciencia inevitablemente entendemos muy poco» (2008, 8). Y, sin embargo, en su relato se refiere sistemáticamente a los caballos como trabajadores.

Marx distinguía a los animales de los seres humanos señalando que los animales se centran instintivamente en su supervivencia inmediata, mientras que los humanos pueden planear y crear futuros alternativos con su trabajo. Esto relega a los animales al terreno de los recursos naturales que deben utilizarse según sus dueños crean conveniente. Pero ¿pueden negarse los animales a su destino? Historiadores y sociólogos de los estudios animalistas piensan que pueden. De hecho, hay rastros de resistencia animal en las mis-

mas tecnologías desplegadas para capturarlos y controlarlos: se crearon dóciles bichos agrícolas para que fueran sumisos, se hicieron inversiones en tecnología para impedir que las criaturas huyeran de su destino como mercancías que eran atrapadas, compradas, vendidas y consumidas (Hribal, 2003; Wadiwel, 2016). Las razas de perros de trabajo son ejemplos de animales específicamente criados para pastorear, transportar y proteger. Como pastores, por ejemplo, estos perros eran «biotecnologías en un sistema de agricultura de mercado que se transformó en una agroindustria contemporánea que exige grandes inversiones de capital» (Haraway, 2007, 56). Por lo tanto, si bien el grueso de la investigación en la economía política del trabajo se centra en agentes humanos, deberíamos reconocer igualmente el valor económico que generan nuestros encuentros con seres que no son humanos (Haraway, 2007).

Del campesinado a la clase trabajadora

Si bien es cierto que el trabajo antecede al capitalismo, la forma de organización del trabajo en una economía capitalista merece que hagamos un examen riguroso. No debería sorprendernos que, para que el capitalismo exista y se sostenga, debe haber un grupo de individuos que sean capaces de trabajar. También es necesario que haya otro grupo de individuos que empleen a trabajadores en sus empresas.

Aunque ahora nos parezca natural que exista un mercado para la mano de obra, en el que los trabajadores su-

ministran su mano de obra y los empleadores contratan trabajadores, en el origen esta relación tuvo que ser creada. En otras palabras, el mercado laboral surgió de la naturaleza cambiante de las relaciones económicas y sociales que marcaron la transición de una economía feudal a una economía industrial capitalista. Esta transformación no ocurrió de la noche a la mañana. Tardó siglos y culminó en el siglo XV, cuando múltiples factores socavaron la estructura social y económica feudal¹.

Los debates en torno a qué motivó realmente la transición del feudalismo al capitalismo señalan distintamente:

- 1) el auge del comercio y la necesidad de mercados para facilitar el intercambio de bienes, y con ello la necesidad de establecer de una manera clara los derechos de propiedad;
- 2) una diferencia de la productividad agrícola entre agricultores (siervos y trabajadores libres) que permitió la especialización y la aparición del trabajo asalariado;
- 3) el desigual equilibrio de poder entre señores y siervos y el carácter cambiante del control sobre el trabajo forzado y el trabajo libre².

1. Este relato ilustra bien el caso de Gran Bretaña, por lo que conviene señalar que el feudalismo mutó y decayó con distintos ritmos en otras naciones. Brenner (1976) brinda un rico relato de la trayectoria del feudalismo en toda Europa.

2. Para un breve resumen de estos debates, véase el blog Understanding Society de Daniel Little: <http://understandingsociety.blogspot.com/2010/01/brenner-debate-revisited.html>.

La relación fundamental que queremos explorar implica el poder de los terratenientes (señores) y los campesinos (siervos). La economía feudal era un sistema de producción agrícola a cambio de protección física y política. Resumiendo, los siervos recibían parcelas de tierra para cultivarlas y satisfacer las necesidades de sus familias después de pagarle al señor su arrendamiento en forma de productos agrícolas. Si un siervo era especialmente productivo y cosechaba más alimentos de los que necesitaba, podía vender los excedentes de sus cosechas en el mercado. Sin embargo, a cambio del uso de la tierra y de la protección física que ofrecían el señor y sus caballeros, el siervo tenía que trabajar los campos del señor en aras de proveerle de alimentos así como al resto de los residentes de su señorío. Las instituciones políticas de la monarquía y la Iglesia, que concedían derechos de propiedad a los señores, eran las que celebraban este acuerdo. No solo podían los campesinos producir un excedente, sino que el tiempo de trabajo que dedicaban a labrar y recolectar la tierra del señor puede entenderse como excedente de trabajo: trabajo por encima de lo exigido para satisfacer las necesidades físicas del siervo. De modo que existía un incentivo para que los siervos aumentasen su productividad cuando trabajaban para ellos, pero no cuando trabajaban para el señor (Brenner, 1977, 42; Resnick y Wolff, 1979, 14).

A los siervos los coaccionaban esencialmente para que trabajasen para el señor. Si se negaban, podían denegarles el acceso a la tierra, y la amenaza de la hambruna era mayor. Algunos siervos huyeron de la ciudad. Otros lograron comprar su libertad con ganancias retenidas de la

venta de sus excedentes de producción. De esta forma, con el tiempo fue posible una variedad de pagos de arrendamiento: arrendamiento en mano de obra, arrendamiento en especies (productos agrícolas) y arrendamiento en dinero. Es importante recordar este punto. El sistema feudal coexistía con mercados, comercio y producción protoindustrial. En otras palabras, existía una variedad de actividades económicas más allá de la relación entre el señor y el siervo que apuntalaba la economía feudal. Más adelante descubriremos que la pluralidad de relaciones económicas y formas de trabajo caracteriza también la economía capitalista.

Nótese que quienes participaban en la economía feudal pagando el arrendamiento con tiempo de trabajo y productos agrícolas empezaron a interactuar con mercados y dinero. Marx apunta que en el siglo XV la mayoría de los siervos ingleses ya eran campesinos que trabajaban por un salario y trabajadores libres que arrendaban pequeñas parcelas de tierra. El mercado de intercambio no engendró el desarrollo de un mercado laboral capitalista. Al contrario, los cambios en el equilibrio de poder entre señores, siervos y las clases emergentes de artesanos y pequeños fabricantes plantearon retos al dominio del antiguo sistema. No obstante, el incipiente sector manufacturero no podía crecer sin tener acceso a un suministro de fuerza de trabajo ya disponible. Y he aquí una segunda trama importante en la historia del auge del capitalismo: para que el capitalismo se afianzara, era necesario transformar a los campesinos en obreros industriales. Este proceso se ha repetido en numerosos países durante los últimos quinientos años como mínimo.

Lo que el capitalismo precisaba era un segmento de la población que no tuviera ningún acceso independiente a la tierra y a las herramientas. Los siervos podían cultivar sus parcelas de tierra individuales y dar de comer a sus familias. Los individuos sin acceso a la tierra y a los medios para producir lo que necesitaban para su subsistencia tenían que vender su mano de obra en el mercado a cambio de un salario. A continuación, usaban este salario para comprar bienes y servicios que aseguraran la subsistencia de la familia. En la Gran Bretaña de los siglos XVI y XVII, los señores empezaron a consolidar modestas parcelas de tierra con miras a especializarse en la producción agrícola y ganadera (como las ovejas, por ejemplo). Esto tuvo como consecuencia la desposesión de siervos y pequeños arrendatarios agrícolas, que a menudo terminaron transformados en jornaleros (Brenner, 1977, 78; McNally, 1990). Las formas capitalistas de producción agrícola pretendían abastecer al mercado, no a los agricultores. Además, durante los siglos XVIII y XIX, el Parlamento aprobó una serie de «leyes de cercamiento» (*Enclosure Acts*) que ampliaba la capacidad de los señores para tomar y cercar la tierra que pequeñas familias de agricultores usaban en común. Antes de estas leyes, apacentar ganado en tierras comunales proporcionaba un colchón económico a las familias cuyos hombres eran contratados como trabajadores agrícolas. Las mujeres participaban en la economía doméstica utilizando estas tierras comunales (Humphries, 1990; Neeson, 2000). Entre 1750 y 1850, el Parlamento aprobó más de cuatro mil leyes de cercamiento distintas (Lazonick, 1974, 26). Este movimiento fue una batalla interminable para transformar la tierra comunal en propiedad pri-

vada, lo que no creó a la clase trabajadora, pero sí que eliminó un medio de subsistencia alternativo, haciendo de este modo que las familias fueran más dependientes del mercado de trabajo capitalista para su supervivencia. Cuando los jornaleros se separaron de la tierra, los antiguos campesinos pudieron recurrir a la agricultura para amortiguar el golpe de los recortes salariales o el desempleo. Así, desde el siglo XVI hasta el XIX, amplios segmentos de la población británica se encontraron con que no tenían nada que vender aparte de su propio trabajo como integrantes de la nueva clase trabajadora en la economía de mercado (Polanyi, 1944).

Sin embargo, el mercado de trabajo capitalista no funciona como una máquina automática que ajusta la demanda laboral para absorber a los nuevos integrantes de la clase trabajadora. El exceso de suministro de mano de obra creó un cuadro de trabajadores desempleados que tuvieron que mendigar en la calle. A lo largo del siglo XVI se criminalizó y brutalizó a estos vagabundos. Marx describe las sanciones impuestas a los desempleados durante el reinado de Enrique VIII:

para los vagabundos jóvenes y fuertes, azotes y reclusión. Se les atará a la parte trasera de un carro y se les azotará hasta que la sangre mane de su cuerpo, devolviéndolos luego, bajo juramento, a su pueblo natal o al sitio en que hayan residido durante los últimos tres años para que «se pongan a trabajar»... En caso de reincidencia y vagabundaje, deberá azotarse de nuevo al culpable y cortarle media oreja: a la tercera vez que se le sorprenda, se le ahorcará como criminal peligroso y enemigo de la sociedad (1977, 522).

Estar sin trabajo no solo privaba a los individuos de los medios para sobrevivir, sino que también era visto como una afrenta al sistema emergente de producción capitalista:

Véase, pues, cómo después de ser violentamente expropiados y expulsados de sus tierras y convertidos en vagabundos, se forzaba a los antiguos campesinos, mediante leyes grotescamente terribles, a fuerza de palos, de marcas a fuego y de tormentos, a encajar en la disciplina que exigía el sistema de trabajo asalariado (Marx, 1887/2015, 523).

De estas duras condiciones surge el mercado de trabajo capitalista y el mundo del trabajo moderno.

El sistema salarial capitalista a lo largo de los siglos XVIII y XIX devino la fuerza dominante que estructuró no solo la producción de bienes y servicios, sino también la composición de familias, el carácter del tiempo de ocio y la calidad de vida en general, incluida la esperanza de vida. Entre 1550 y 1800 el individuo medio en Gran Bretaña tenía una esperanza de vida de 37 años (Clark, 2007, 92). Sin embargo, en las décadas de los años 1850 y 1860, en Manchester y Liverpool, las ciudades que experimentaban una industrialización más acelerada, la esperanza de vida media rondaba los 30 años (Szreter y Mooney, 1998, 88). En Estados Unidos, durante este mismo período, un régimen de producción esclavista coexistía con el capitalismo, y todavía hoy es posible hallar ejemplos de trabajo esclavo y forzado (véase recuadro 1.2).

Recuadro 1.2. La imbricación entre la esclavitud y el capitalismo: algodón y marisco

El trabajo esclavo es por su propia naturaleza forzado y contrario a la libre voluntad. El mercado de trabajo en la sociedad capitalista es un mercado cuyos trabajadores son libres de vender su mano de obra al mercado o de negársela. Podríamos asumir que el trabajo esclavo y el trabajo asalariado forman parte de sistemas económicos diferentes; de hecho, esta es la perspectiva económica convencional. La visión convencional defiende que la economía esclava fue un remanente de la época preindustrial, anterior a la comercialización, y, como tal, retrasó el crecimiento económico. Pero, como vimos en el relato de la transición del feudalismo al capitalismo, dos sistemas de producción pueden coexistir durante largos períodos de tiempo. Es más, en el caso de la esclavitud –en particular la economía esclava estadounidense del siglo XIX–, historiadores y economistas políticos están empezando a identificar formas de incorporación de la esclavitud a una red mundial que se centraba en la producción y la distribución del algodón (Beckert, 2015).

Los propietarios de las plantaciones del sur pedían préstamos a los bancos, vendían su algodón a mercaderes que los revendían a molinos textiles y compraban ropa, aperos de labranza y otros insumos a manufactureros del norte. Al trabajador esclavo lo compraban y lo vendían en mercados de subastas de esclavos. Los esclavos no tenían opción alguna sobre quién los compraba y qué tipo de trabajo iban a desempeñar. Pero la cantidad de trabajo realizado –el número de libras de algodón recogidas, por ejemplo– era algo que el amo debía extraer del esclavo. De modo que esta parte de la relación laboral

es similar a la relación entre trabajador y gerente en una típica fábrica. Como la tecnología utilizada en la cosecha del algodón era bastante simple y las innovaciones eran escasas y aisladas, el principal medio para incrementar el rendimiento era aumentar el ritmo de trabajo. Como resultado, se aplicó un régimen brutal de palizas a la fuerza de trabajo esclava. A veces, incluso los trabajadores más productivos eran sometidos a palizas severas y violentas para que generaran un nivel de producción más elevado que el que debía alcanzar el resto de trabajadores. Como describe el historiador Edward Baptist:

Así es como los empresarios más listos conseguían arrancar nuevos rendimientos que ni ellos mismos podían imaginar. Presionaron a sus manos más habilidosas y a sus mentes más inventivas con más dureza todavía (2014, 168).

Esto no quiere decir que la economía de mercado capitalista necesitara de la esclavitud para prosperar y triunfar en Estados Unidos. Más bien, la idea es señalar que las relaciones de mano de obra y trabajo pueden coexistir de diversas formas, y de hecho complementarse mutuamente³.

Una prueba contemporánea de la relación entre capitalismo y prácticas de trabajo forzosas y esclavas puede hallarse en la industria pesquera y, en particular, en los barcos de pesca sin licencia (o piratas) en Tailandia e Indonesia. Irónicamente, lo que empuja al sector pesquero a buscar una mano de obra barata es la presión de la competitividad global que conduce a la sobrepesca. Esto se traduce con frecuencia en la contratación de trabajadores migrantes vulne-

3. Para una breve introducción al debate actual sobre el impacto de la esclavitud en el capitalismo, véase Perry (2016).

1. Introducción: el carácter único del trabajo

rables de Birmania, Camboya y Laos. Los contratistas buscan trabajadores en estos países y, por un monto que pagarán más tarde, los envían a los empleadores en Tailandia. Este monto se convierte en una deuda que los obliga a trabajar para el operador del barco de pesca. Para colmo, al contratarlos les dicen que les cobrarán un «seguro de fuga» por si huyen. Según un estudio sobre los barcos de pesca tailandeses,

la tripulación puede someterse a condiciones de vida precarias, incluida la carencia de necesidades básicas como agua potable, comida, ropa de cama limpia y servicios sanitarios. Las jornadas largas son frecuentes, y se ha informado de turnos de trabajo extremos; y, por lo general, los pescadores solo tienen permiso para hacer pausas breves de 3 o 4 h[oras] (Chantavanich, Laodumrongchai y Stringer, 2016, 2).

Sin embargo, los operadores de barcos de pesca «piratas» representan un vínculo necesario en la cadena de suministro pesquera:

De acuerdo con Eurostat, el Reino Unido tiene el mayor apetito de pescado tailandés del mundo y consume más de 153,4 millones de euros al año, seguido de cerca por Italia, Alemania, Francia y los Países Bajos. Buena parte de este pescado habrá sido capturado por los piratas (Neslen, 2015).

De modo que la mano de obra esclava, el trabajo asalariado y el pescado en nuestro plato forman parte del mismo sistema. Si el consumidor es consciente de las condiciones de explotación laboral impuestas para poder abastecer el mercado de pescado, tal vez contribuya a cambiar este sistema (Marschke y Vandergeest, 2016).